



ELLA

(Inspirada en la canción de Alejandro Sanz: Si fuera ella)

Dramaturgia: **Kerim Martínez, Pablo Bautista y Enio Mejía**

Duración: 15 minutos

Se presentó en Miami en 2013 (Microteatro)

Reparto: Roberto San Martín / Jeannine Derbez



ELLA

(Inspirada en la canción de Alejandro Sanz: Si fuera ella).

Dramaturgia: Kerim Martínez, Pablo Bautista y Enio Mejía.

Espacio escénico: Un parque. Una banca. Atardecer.

Una mujer sentada en una banca. Observa de lejos el parque y lleva un libro en la mano. Lo tiene abierto pero no está permanentemente concentrada en él.

Un hombre se acerca y se pone a su lado en silencio. Su aspecto: un tanto descuidado y la mirada perdida.

ÉL: *(susurra)* Hay quien no tiene corazón... *(La mira)* ¿Tienes encendedor?

ELLA: No fumo, lo siento.

ÉL: *(para sí mismo)* No fumas. *(Sonríe).*

Silencio incómodo. Él, tras unos segundos de pie, se sienta en la banca. Ella se siente algo invadida en su espacio. Agarra sus cosas y se levanta.

ÉL: No te marches. Por favor.

Ella frena el gesto de irse poco a poco y se vuelve a sentar lentamente. Abre el libro: ahora lee. Ella levanta la mirada para observarle de nuevo, algo intrigada pues no se había fijado mucho en él. Vuelve a leer.

ÉL: Tu mirada siempre dice mucho.

Ella vuelve a mirarle.

ELLA: No lo conozco.

Ella acerca su bolsa.

ÉL: No te voy a robar. Tranquila. El dinero no arregla nada. Todo lo empeora. El hombre se hace vil por dinero cuando realmente se necesita muy poco para vivir y tan sólo amor para estar en paz.

Ella medio asiente en silencio, después mira su reloj.

ÉL: Siempre esclava del tiempo. No cambias.

ELLA: Creo que se equivoca. ¿De qué cree conocerme?

Él la observa en silencio.

ELLA: ¿Se dedica a seguirme en el parque?

Silencio.

ELLA: Mire, no le puedo pedir que se vaya. La calle es de todos y si usted quiere estar aquí, quédese. Yo me voy a buscar otro sitio.

ÉL: No. Esta banca es perfecta.

ELLA: Es una banca. Sólo eso.

ÉL: Es perfecta cuando estás tú. Leyendo, mirando tu teléfono. Las pausas medidas. Las mañanas en las que estas tablas están vacías te echo de menos.

ELLA: ¿Sabe lo incómodo que es sentirse observada? *(Pausa)* Debe confundirme con otra mujer, además nunca vengo por las mañanas.

El mirando al libro que ella tiene sobre sus piernas.

ÉL: Ana Karenina. Qué triste. Realista, hipócrita. Nunca me gustaron los rusos.

ELLA: ¿La conoce?

ÉL: Sí. A ti te encanta. La lees por lo menos una vez al año.

ELLA: ¿Cómo...?

ÉL: Yo creo que tienes la esperanza de que un día esas páginas se reescriban y te encuentres con un nuevo final. Pero evitar que Ana se arroje a las vías del tren sería un terrible error. Ella debe hacerlo. Todos los personajes que están ahí la orillaron a morir.

ELLA: ¿Y de qué sirve su muerte? ¿Cree que importe algo? ¿Los demás cambiarán su forma de ser por un suicidio?

ÉL: No. Todo seguirá igual. Excepto Ana, que ahora no es Ana, sino una mezcla de carne y sangre sobre fierros calientes.

ELLA: *(se estremece)* No me gusta. Nunca leo el final.

ÉL: ¿Cómo debería terminar?

ELLA: Con un beso.

ÉL: Le diremos a Disney que haga una nueva versión.

Llega un mensaje de texto al celular. Ella lo lee atentamente y contesta.

ÉL: Siempre te roban el tiempo y la conversación. La tecnología... y los rusos. Setecientas páginas de miserables emociones.

Durante la conversación con mensajes ella sonreirá al leerlos. Guarda el teléfono en su bolsa.

ÉL: Gracias. Me regalas nuevamente esta imagen...

ELLA: ¿Qué?

Pregunta, volviendo a la realidad.

ÉL: Que si me regalas nuevamente esa sonrisa.

ELLA: No era para ti. ¡Usted!

ÉL: Ahora estás enojada. Nunca me gustó.

ELLA: Es mi carácter.

ÉL: Lo sé.

ELLA: ¿Por qué tendría que saberlo? No lo conozco. Usted y yo somos de mundos diferentes.

ÉL: Yo sólo conozco éste. Y aquí estamos los dos ahora. Antes también lo estuvimos.

ELLA: Nunca lo había visto.

ÉL: Tengo un rostro que se olvida con facilidad. Unos se molestan al ser observados y otros pasamos siempre desapercibidos. Tú no. Aunque, es verdad... después de los treinta las facciones se marcan más. Tenías la cara más redonda. Estás más guapa. ¡Y qué delgada estás!

ELLA: Me confunde.

ÉL: ¿Y si no? Pudiste borrarame...

ELLA: Me quedaría algún recuerdo. Siempre quedan.

ÉL: Pero a ti no te gusta el dolor. Y yo era dolor.

ELLA: *(revuelve su bolsa)* ¿Me compra unos cigarros? Ya no tengo. En esa tienda. Tome *(le ofrece dinero)*.

ÉL: Dijiste que no fumabas.

ELLA: *(incómoda)* Mentí.

ÉL: Lo sé. No podrías dejarlo. Pero no iré, si lo hago cuando regrese... tú ya no estarás aquí. Así fue cuando... Pero... *(suspira)* ya no te acuerdas.

ELLA: Diga mi nombre.

ÉL: ¿Para qué?

ELLA: Dice conocerme.

ÉL: Ana.

ELLA: Error. No soy Ana.

ÉL: Ana Karenina, Disney, dolor... tu sonrisa, tus enojos, tu elegancia... Te conozco, sí.

ELLA: O me deja leer o me voy.

ÉL: Nunca volviste. Y yo me quedé ahí, desnudo, envuelto en tus sábanas, con tu olor. No las lavé hasta que se pudrieron y un día alguien las tiró.

Ella no levanta la mirada del libro.

ELLA: Esto es demasiado.

ÉL: Alguien que quería tener unas sábanas propias. Se parecía a ti, pero no eras. Sólo una mala copia. Hasta la obligué a que usara tu color de pelo. ¿Te acuerdas de ese rojo intenso que llevabas?

ELLA: Nunca me lo he pintado.

ÉL: A mí me gustaba: llevabas fuego en la cabeza. Pero a ella no le quedaba, se lo hice notar muchas veces hasta que tiró tus sábanas. No me dijo dónde podría hallarlas. La aventé por las escaleras... Pobre, se fue corriendo, asustada, de pronto volteaba para encontrarse con mis ojos enfurecidos. Aceleraba sus pasos. Quería que fueras tú.

ELLA: Estás confundido.

ÉL: Vaya, me hablas de tú. Me sentí anciano con tanta propiedad. Y eso que soy un año más joven que tú. Treinta y cinco.

Ella le mira.

ELLA: Te equivocas. Tengo treinta y tres.

ÉL: *(ríe)* Sí, eres tú.

Ella vuelve a clavar su mirada en el libro.

ELLA: Cuando se fue esa mujer, la mala copia... ¿Qué pasó?

ÉL: Me morí. No por ella. Por las sábanas. Por la pérdida de tu olor. Traté de buscar algo con qué suplirlo, pero no encontré otro aroma igual.

ELLA: Hubieras comprado el perfume.

ÉL: No usas. Nunca te gustaron. Estornudabas.

Ella cierra el libro y gira su cuerpo hacia él, colocando el codo por detrás del respaldo.

ELLA: Ahora quiero estornudar por ti. Apesta. Deberías bañarte.

ÉL: ¿Para qué? Ya no existo. Casi todos me borraron de sus mentes y tú también. *(Pausa)*
Llévame contigo, limpia mi cuerpo.

ELLA: No. Tendría que limpiar también tu mente. No quiero hacerlo.

ÉL: Porque duele.

ELLA: Quizás.

ÉL: Bésame.

Silencio.

ELLA: *(sorprendida)* No.

ÉL: No abras los ojos.

ELLA: Pero ¿qué juego es éste?

ÉL: Es la misma boca, mi boca. ¿Ya no la recuerdas?

ELLA: No. No la reconozco.

ÉL: Eso no importa. Pero... si mi boca se equivoca te prometo que me voy para siempre.

ELLA: No. Estoy con alguien.

ÉL: Estás conmigo.

Él la besa. Ella corresponde. Ninguna parte de sus cuerpos siquiera roza. Sólo sus labios. Se separan. Ella comienza a llorar.

ÉL: Tenías razón.

ELLA: ¿Cómo?

ÉL: Estoy confundido. Tú no eres, no puedes ser ella. Vete.

ELLA: Pero...

Él se pone de pie y va hacia un montón de cartones que hay junto a la pared.

ELLA: ¿A dónde vas?

ÉL: Yo no. Tú te vas. Recuerda: te esperan en casa.

ELLA: ¿Y tú?

ÉL: Yo en casa. Ya estoy en casa.

Ella abraza su libro. Él termina de preparar la banca para convertirla en una lecho para dormir. Lo cubre de periódicos y cartón.

ÉL: Vete ya. No debe tardar en pasar el tren.

ELLA: Aquí no hay trenes.

ÉL: Algo habrá.

Él se mete dentro del cartón. Ella se va desconcertada abrazando su libro.

FIN.